

RESUMEN DEL MANIFIESTO

CONTRA EL MARQUÉS DE VILLA-PANÉS, AUTOR DEL *DIARIO DE LA TARDE* Y FALSO ILUSTRADOR DE LA NACIÓN, ESCRITO POR UN HONRADO ESPAÑOL AMANTE DE LA VERDAD Y TESTIGO OCULAR DE CUANTO VA A REFERIR, COMO OPERARIO QUE HA SIDO, EL QUE MÁS INTERVENÍA EN LA REDACCIÓN DEL REFERIDO *DIARIO DE LA TARDE*.¹

(Lo da a luz para que el público se disuada de las erradas máximas y sediciosas invenciones con que procede en su periódico el citado Panés).

Amado público: penetrado de lo mucho que os interesáis en el verdadero conocimiento de aquellos que esparcen sus doctrinas para vuestra ilustración, quiero poner en la universal noticia los pensamientos, operaciones y tareas del diarista marqués de Villa-Panés, respecto a la insana peroración de sus papeles e ilustraciones que da al público. Declararé sucintamente sus ideas, sus ocupaciones literarias, el objeto de ellas, y los medios de que usa como más oportunos. Primeramente trataré de su modo de comportarse con los individuos particulares y operarios de su detestable periódico, y continuaré recorriendo las perniciosas máximas de que se vale para concertar sus doctrinas ilustrativas, que presenta al pueblo para seducirlo y llenarlo de nuevos problemas y contenciosas disputas. Trataré por fin, de paso, de sus siniestras maquinaciones y mentiras tan acreditadas y públicas; para todo lo que, amado público, os encargo vuestra atención para que proveáis; teniendo entendido que este es un extracto de otro manifiesto, cartas y otros instrumentos que tengo reservados para mejor ocasión.

Tomando conocimiento del modo de comportarse este diarista con sus operarios, está patente su inconsecuencia y perfidia; inferiremos pues, que quien es inconstante y pérfido en sus tratos, mal podrá ser veraz ni puro en sus escritos. Él ajusta a uno para que asista a la sesión de Cortes en 3rs., v. g., delante de su impresor, quedan convenidos y le asegura le aumentará su sueldo; procura dar mucha tregua a que le pidan, aunque se lo insinúen, el salario vencido, y cuando ya llega este preciso caso se niega abiertamente, y a fuerza de reconvenciones lo más que llega a satisfacer es a razón de 8 o 10 rs. El siempre aparenta en todo su propensión a la justicia y equidad, pero el objeto de su dañado espíritu no es otro que el de la falsedad y el engaño; referiré algunos ejemplitos.

El propuso a una inquilina antigua, que si le dejaba la casa inmediatamente le perdonaría los alquileres de un mes, y le daría otra franca por cuatro o seis meses, ínterin hallaba una a su comodidad; se convino la sincera inquilina, ocupó con efecto la nueva casa, pero instantáneamente le intimó que pagase o se pusiese en la calle, sin más contestación. Mandó al carpintero vecino de su casa que le hiciese unos armarios o cajones para colocar libros y papeles, los ajustó a ocho pesos cada uno, y cuando los tuvo en su poder le dijo al maestro que no le pagaba más que a 40 rs., y pasados algunos meses ni aun había tratado de hacer el más mínimo desembolso. Por no pagar a sus operarios sus justos estipendios, ha permitido quedarse solo y desprovisto de todo recurso para poder continuar su periódico con alguna apariencia. Se ha despedido el religioso que tenía por bibliotecario, de quien se lisonjeaba hallarse muy complacido porque le proporcionaba papeles de mucho mérito, útiles para sus escritos; nada ha sido suficiente cuando llegó el caso de querer el buen fraile exigir sus debidos estipendios. En la semana pasada se le fue, por estas mismas razones, el clérigo don Mariano, a quien tenía encargada la dirección del periódico. Se le fue el cajero, y abandonaron juntamente el Dominico y el Alcantarino, a quienes tenía asalariados en sus respectivos destinos. Se quedó sin nadie, digámoslo así, pero no hubo ninguno que tomase café con su dinero.

¹ Por el interés que posee este texto estimamos oportuno ofrecerlo aquí, pese a estar publicado en la obra de Manuel Bertemati citada en el estudio en las páginas 181-195. Se ha modernizado la ortografía.

No es menos de notar que este Sr. Marqués, habiendo tenido que comparecer ante los jueves constitucionales, se presentó en aquella ocasión como si fuera a componer alguno de sus papeles de *Censor*, *Celador* o de *Diario*, llevando consigo tres, en lugar de un hombre bueno, como previene la Constitución, para que afirmasen lo que no habían visto ni oído, y no contento con sus tres serviles, llevó a su impresor don Antonio Murguía, el que aunque no estaba cerciorado, según dijo, del asunto de que se trataba, no tuvo embarazo en confirmar lo que afirmaron los tres en obsequio del Sr. Marqués. Estos cuatro corderos, así conformes cuando fabrican su *Diario*, salieron tan pomposos como si hubieran obtenido el *Nemine discrepante*. El juez constitucional, que ya pasó, no trató de cosa alguna de su inspección más que de cobrar los 36 rs. de su derecho, y sin observancia a la Constitución proveyó: que el penitente acreedor a 6000 y pico rs. y un libro de las leyes de las doce tablas, que confesó el Marqués había recibido, se conformase a quedarse sin él, y sin dicha cantidad procedente de los salarios que le adeudaba. Tal impresión hicieron en el alcalde las razones de Villa-Panés, confirmada de su caterva de serviles: el uno era su mayordomo, que aunque no sabe leer en romance, corrige las planas de la imprenta; el otro aquel maestro que fue de primeras letras, desafiador del público de Cádiz, *Jaramillo*, hombre muy conocido por sus despreciables cualidades, escribiente que es en el día del marqués, y el que *ex capite proprio*, le provee de abundantes críticas y censuras contra todo periodista: obras tan perfectas como de un autor tan escientífico y recomendable; el otro era don Nicolás Tap y Núñez, hombre condecorado, comisario *in honore*, que fue nombrado por haber sido revolucionario de Sevilla. (Este es el archivo de los secretos de Panés, confidente de su mayor aceptación). Y el postrero para la confirmación de todo, era el referido impresor.

Nadie se admire de que a este diarista apenas se le conozca un operario fijo; porque hoy tiene unos, los conserva mientras no le piden sus sueldos vencidos, y en cuanto le pueden se queda sin ellos; busca otros, los primeros que se le presentan sean o no al propósito; llega el caso de pagar, y si le reconviene y apuran, en alta voz les contesta que no han cumplido bien con su obligación, que sus trabajos nada han valido, ni han sido conformes a como él los apetecía y le ofrecieron verificarlo cuando los asalarió; pero sin embargo, les dice en el último caso que les pagará alguna cosa, esto es, a 4 rs., v. g., si los ajustó a 20. El Jaramillo es el más estable; y de este famoso compositor de la virtud, capacidad y erudición de Panés, diré que aunque estudió diez años la gramática no se sabe si la aprendió; ha asistido sí a algunas conferencias parroquiales, que tanto cacarea este diarista. El habla regularmente de lo que no entiende, y siempre entiende lo que no es. El engaña siempre que trata, y oscurece la verdad cuando se le presenta muy desnuda. Con voces contradictorias procura titularse ilustrador y amante del pueblo español, cuando por sus hechos tiene acreditado que lo aborrece; protector de la fe y de la religión, cuando la ignora y a la otra no tiene inclinación; se imprime su *Diario* a las ocho de la noche y se titula *de la tarde*, por no hacer cosa alguna con concierto; si se imprimiera en el día, le daría regularmente la denominación de *Diario de la Noche*.

Aparenta este periodista con las más vivas expresiones e ideas le sugiere su filosofía natural, pues otra cosa no hay, que posee altamente la ciencia Matemática, y dos veces todos los meses va a la Isla de León, donde cierto individuo le tiene ya prevenidas las tablas astronómicas para su *Diario*, las cuales, por su desgracia, siempre vienen erradas. El día que se dio a luz cierto papel con el nombre de *Tribuno del Pueblo Español*, anduvo este diarista vacilante y errante; para impugnarlo y tacharlo buscó con ansia en las librerías la historia romana; dio por fin con ella en la de don Eugenio Ortal, a quien le ha dejado memoria de dicho papel mientras viva, pues con astucia y ardid le sacó para dos o tres días varios autores, que pasados los dos o tres meses, ni ha tratado de devolverlos ni de pagarlos, porque no halló en ellos lo que deseaba, al menos con aquella claridad que necesitaba su despejado talento. No halló lo que buscaba, pero dejó el libro como el gallo de Morón. Un impresor de la calle Ancha le hizo comparecer judicialmente sobre el cobro de 4000 rs.; me persuado sería esta

cantidad procedente de lo mismo, pues acordándose de que para ser muy famoso médico no se requiere más que una gran sortija en el dedo, y mucha labia y ostentación, como dijo el poeta Quevedo, está creído el Sr. Marqués que para ser un respetable literato no es necesario más que tener muchos libros, y así almacena cuantos puede, pero al fiado todo, y el plazo del pago no llega jamás.

¿Qué diremos de los adelantamientos del periódico, que poco tiempo ha se hallaba reducido a medio pliego y en el día se halla elevado a uno? Esto procede de la convención y alianza que fraguó con don Clemente Rodríguez, el que por cuenta de la compañía le suministra los instrumentos necesarios, es a saber, el libro de los decretos de Cortes, los copia literalmente; las noticias de las épocas de antaño; la lista de los premios y cambios del comercio de la plaza. Con todos estos sufragios ha duplicado su *Diario*, y convirtiéndolo totalmente en una mazmorra de Mentido-histórico, mercantil y burlesco. El método que observa para ocupar el día estudiosamente, es el de leer sin intermisión *Gacetas*, *Redactor*, *Tribuno*, *Abeja*, *Mercantil* y *Conciso*; escucha con atención las censuras y críticas que le trae Jaramillo y otros semejantes, y las manda a la imprenta a toda prisa para que se coloquen en su *Diario*.

Es de notar sobre todo el hábito y costumbre de este diarista hablar secretamente al oído a todos su confidentes en particular, y a los que vienen a verle, retirándose cuanto le es posible, e invirtiendo las horas enteras en estos profundos secretos. Esto da mucho que entender, y más el no pagar a nadie y nunca tener dinero, siendo como es notorio uno de los hombres más pudientes, en tal grado que por un cálculo general de quienes conocen su patrimonio, no le reditúa menos de dos mil reales diarios; él es tan sumamente parco en expender su dinero, que en su subsistencia no gasta más que seis reales; con ellos almuerza y cena en el café, a la comida se cuela siempre de gorra; cuando estaba en el Puerto se encajaba de falondres en casa del General todos los días; así pasa un día en la mesa del conocido, otro en la de un paisano, o donde encuentra alguna veredita; y cuando no hay donde, se va a una de las fondas que tiene alquiladas, donde llena su panza gratis, y por fuerza, teniendo los fonderos no les mande mudar o le suscite algún pleito.

Las asambleas más enérgicas que se celebran en su casa cando llegan a visitarle algunos frailes, rogándole que a fuerza de alegaciones y conmemoraciones en su periódico, procure eficazmente una terminante y pronta providencia para que se les devuelvan sus conventos, con especialidad todos sus bienes y rentas, por convenir así a la perfección monástica que es la que más interesa al cristianismo; allí son las quejas y exclamaciones, allí se oyen un sin número de injurias, que afirma y aplaude este diarista, manifestando con la mayor terneza a sus frailes sus profundos sentimientos, y asegurándoles que no cesará hasta que recaiga sobre ellos todo el favor que apetecen, no obstante que sobre estos delicados asuntos nunca se delibera con presteza. ¡Qué amante de los frailes se manifiesta el Sr. Marqués, cuando es el más opuesto, y a todo lo concerniente a la religión católica! Su intimidad y confidencia no la tiene con nadie en el estrecho grado que la profesa con los familiares del Conde de Sevilla, (este es el que atropelló a su Divina Magestad) con aquel clérigo capellán revolucionario del Conde de Tilli.

¡Oh ciego público, por los autores que intervenían en el citado *Diario de la Tarde*, de cuyo conocimiento de personas no creo hayas carecido totalmente! ¿No has entrado todavía en la consideración, de que este periódico no puede encerrar otra cosa que falsedad, cisma, discordia y fanáticos discursos? Con propiedad le dijo cierto día don Clemente Rodríguez, compañero de sus tareas. —V., amigo Panés, va dando golpecitos poquito a poco, trabajando como en su arca de Noé, y cuando la tenga construida se reirá de todos perfectamente. Se puede inferir de las impuras efusiones de ilustración y literatura de su *Diario*, no pueden esperarse otros adelantamientos que los más adversos, y las más fatales consecuencias, si no se le acortan las riendas. *Sarra, sarra, cortar cabezas*, estás son las continuas voces de Panés con su Jaramillo, Núñez y el don Nicolás Tap en los intermedios de sus tareas literarias. El

formar partido es una de las primeras máximas de este periodista; máxima revolucionaria, la fomenta artificiosamente hablando a cada uno en su lengua; yo le considero según sus virtudes morales un enemigo del género humano, que a nadie ama sino a su interés propio, pero si habla el religioso perora a su favor, como un Cicerón, al parecer; si el militar, vomita en su obsequio verbosidades tan finas como propias de su agigantada comprensión; si le tratan de la Inquisición, sus favoritos, no hay tribunal más precioso y que merezca más la atención; y si sus contrarios, allí es donde esparce toda su sabiduría.

Lo más maravilloso es, que haciendo ostentación cierto día con un escribiente suyo, religioso dominico, de sus secretas investigaciones y nociones que le facilitan las ciencias que posee, le dijo, que en cuanto veía algún enfermo o lo enteraban de su mal, al punto sabía si era de muerte; que por su luna y matemáticas se le manifestaba su destino clara e indistintamente. El mes pasado en la tienda de Romero, a presencia de varios, afirmó que nueve meses hacía anunció la muerte de Napoleón; se ratificó con la especificación de que había de acontecer indispensablemente en septiembre u octubre del presente año, esto es, del que regía en aquella época, que era el pasado 1812. ¡Qué vaticinio tan admirable y lisonjero para los verdaderos españoles que tuvieron noticia de él! y aunque desde luego le considerarán fanático e ilusorio los más, fundarían no obstante sus esperanzas en sus buenos deseos, por ser un acontecimiento que la casualidad pudiera haber realizado; ¿pero qué diremos ahora de este oráculo?, que tan falso engañador y supersticioso es en sus presagios, como ilegal, caprichoso y sedicioso en sus periódicos. Él no necesita de los productos de su *Diario* para su manutención, luego el objeto que se propone y que se debe inferir de todas sus operaciones, no puede ser otro que el de formar partidos, resolver los ánimos pacíficos, excitar los de los revoltosos, aplaudiendo vicios, sinrazones e impiedades. Él es un hombre rico en Andalucía, Navarra, Génova y otras partes. Nada gasta que no sea con la economía que dejó referida, y dice que no tiene para mantenerse; blasona y decanta que las rentas que posee en Navarra las tiene cedidas a un militar; cosa extraña que con un particular ejerza esta grande obra, cuando en las continuas y cuantiosas urgencias de la presente guerra, todavía no ha llegado el caso de contribuir con un peso. Estas internas cavilaciones y prevenciones serán sin duda efectos de su santa penitencia, que nadie sino yo se ha atrevido a imaginar, pero con harto fundamento ciertamente.

Abre los ojos, público mío, que sus amigos los Santos de Orense y Navarra han de hacer pronto milagros, si no se reflexiona en esta materia. —M. R.

Cádiz: Imprenta de Figueroa: 1813.